

INSPECTORIA SALESIANA

SAN JUAN BOSCO

General Primo de Rivera, 27

MADRID - 5



Queridos hermanos:

El 4 de julio, domingo, marchaba don Luis Conde a nuestro Noviciado de Mohernando (Guadalajara) para pasar el verano, como años anteriores, con los hermanos y novicios que tan acogedores fueron siempre con él.

Tomó parte en la tanda de Ejercicios Espirituales del 11 al 17 que allí mismo se desarrolló. El día 20 recibimos noticia de que se había puesto enfermo. Para que pudiera ser atendido debidamente por médicos especialistas se le internó en la clínica Nuestra Señora de la Antigua, de Guadalajara. El día 25 de julio, fiesta de Santiago Apóstol, hecho ya el examen clínico y bajo una medicación, por consejo de los doctores, le trajimos a la Residencia Inspectorial. Aquí recibió los mejores cuidados; el día 27 nos alarmó un poco; todos estábamos pendientes de él; como fue siempre «centro de interés» de nuestra comunidad lo fue mucho más en estos momentos; el Director, comunidad y, en estos días más directamente, don Higinio Arce, don Pudenciano L. Mariscal, don Anselmo Pérez y Antonio García, estudiante en Guadalajara, se ocuparon de él. El día 29 se habló ya de estado crítico.

Se hicieron los trámites necesarios para ingresarle en la clínica de San Ignacio, perteneciente a nuestra Federación; entró en fuerte crisis el día 31 y pidió hacer la última confesión; la santa Unción ya la había recibido, también a petición suya, en Mohernando; fueron pasando por la clínica salesianos y amigos. Fue un momento muy emotivo la bendición de María Auxiliadora que impartió en mi persona a toda la Inspectoría por invitación de don Santiago.

Durante esta situación crítica su mente estuvo siempre llena de claridad y su boca llena de decires y gracia, como respuestas a unos y a otros; machaconamente pedía el Misal para poder celebrar Misa; al notar que no llevaba su escapulario y el rosario, los pidió y se le trajo todo inmediatamente; preveía su muerte y, a pesar del nerviosismo que le distinguía siempre, en estos días llegaba a una tranquilidad y serenidad mayores.

El día 12, cuando el doctor dictaminaba que el día catorce, sábado, se le podía traer de nuevo a nuestra Residencia, mientras cenaba, entraba en la Casa del Padre, momentos después de dejarle el doctor en compañía de una distinguida bienhechora salesiana y de Antonio García. Amortajado por salesianos de la Comunidad Inspectorial y hechos ciertos trámites por el señor Ecónomo, es rápidamente trasladado al Colegio de Atocha; la capilla comunitaria se convierte en lugar de «despedida» de «nuestro don Luis». Los teléfonos han corrido la noticia por todas las Comunidades de la Inspectoría, por las de otras Inspectorías y también por la Inspectoría de las Hijas de María Auxiliadora. Se llamó a las casas de Cooperadores, Antiguos Alumnos, bienhechores y amigos del padre Luis Conde, muy especialmente a la familia de don Demetrio Ullastres, padrinos de sus Bodas de Diamante, así como a algunos de sus familiares conocidos.

Todo está a punto el día 13 para celebrar los funerales y entierro a las 4,30 de la tarde. A pesar de la dispersión del verano se concentran alrededor de la persona del señor Inspector y Director de la Residencia Inspectorial más de 30 sacerdotes-concelebrantes; nos acompañan en la celebración Salesianos, un buen grupo de Hijas de María Auxiliadora, entre ellas la Vicaria Inspectorial en nombre de la Madre Inspectora, Cooperadores, Antiguos Alumnos, bienhechores y amigos.

La liturgia eucarística se desenvuelve en un clima de fervor y unción. Inició la homilía con estas palabras: «Acompañamos en estos momentos al salesiano más anciano de España, en su despedida de entre nosotros. Don Luis Conde falleció ayer tarde, a la edad de noventa y cinco años y cinco meses. Nos congregamos a su alrededor, no con la jovialidad que él hacía brotar por su sencillez picaresca e inteligente, sino con la pena de vernos privados de su presencia ejemplar para siempre en esta tierra. Todos le hemos querido. «No tengo enemigos», solía decir. Y por eso estamos ahora a su lado para ayudarle en la comparecencia ante el Señor, con nuestra oración de intercesión, en el sacrificio del Altar».

Los restos mortales son acompañados por casi todos los participantes en la Eucaristía al cementerio de Carabanchel Alto y depositados en el panteón salesiano, remodelado y ampliado últimamente. Invito a orar a todos los presentes y agradezco en nombre de la Inspectoría su presencia en aquellos momentos.

La losa de granito cierra, como cubierta de un libro, la existencia tan larga y tan sustanciosa de don Luis Conde y Conde, salesiano y sacerdote, que marchó «seguro y fiel» por los caminos que la Divina Providencia le iba marcando. Ha dejado un gran vacío en nuestra Comunidad, pues era luz, serenidad, alegría, bondad, experiencia, ejemplo de austeridad, de amor a la Iglesia, a la Congregación, a los Superiores, a las vocaciones. En todo momento fue centro de interés, especialmente en el comedor. Sus ocurrencias «salidas» envueltas en el lenguaje de su buena tierra de Galicia favorecían siempre el ambiente. ¡Que no falten hombres de éstos en nuestras Comunidades!

BIOGRAFIA

Nace en La Portela-Allariz (Orense) el 14 de marzo de 1881, el mismo año que Juan XXIII. Fueron doce hermanos, de los cuales una se consagró a Dios como religiosa, y cuatro recibieron la Ordenación Sacerdotal (tres Salesianos y uno Capellán castrense): de ellos, uno, don Pío, padeció persecución el 19 de julio de 1936 en Madrid y murió fusilado en Valencia el 20 de marzo de 1937: hoy camina a los altares con aureola de martirio.

Contaba siempre con emoción, e incluso lo hizo dos días antes de su muerte a

don Modesto Bellido, este episodio de su infancia: Al fallecimiento de Don Bosco un hermano, mayor que él, leyó la noticia en un diario de la Región a un grupo de personas. La impresión de dolor que él, niño, advirtió, en su madre y en las sencillas gentes, se le quedó grabada para toda la vida.

Luis Conde sale de la casa paterna el 14 de marzo de 1898, a los diecisiete años exactos; se dirige a Sarriá-Barcelona, para cursar el aspirantado, durante dos años. En 1900 comienza el Noviciado en San Vicente dels Horts, donde se consagra a Dios en la profesión religiosa el 26 de marzo de 1902. Le había impuesto la sotana el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi. El afecto y admiración por el Siervo de Dios le acompañaron toda su vida. Después de realizar sus prácticas de Maestro salesiano en Sarriá y en Gerona, hace la profesión perpetua en el año 1905.

Con nostalgia solía recordar don Luis los años de su Teología (Foglizzo), en los que atendía, además del estudio, al Rector Mayor, hoy Beato Miguel Rua, en los asuntos de España e Hispanoamérica y ayudaba en la redacción española del Boletín Salesiano.

El 21 de agosto de 1910, en Foglizzo, recibe la Ordenación sacerdotal, de manos de monseñor Filipello.

Regresa entonces a España como sacerdote y trabaja en Sarriá como Profesor de Teología; luego en Béjar, Santander, Vigo, Salamanca (María Auxiliadora) en donde ejerce durante seis años el cargo de prefecto «integral», como él solía decir. Pasa, más tarde, en 1926, a Nueva York, como vice-párroco (dos años) y a Tampa-Florida, como párroco, durante siete años. De una entrevista que le hizo el antiguo alumno y periodista Manuel Zuasti, sabemos que monseñor Pittini, a quien admiró y estimó le dijo: «Vaya a Tampa, porque el sacerdote que está en aquella ciudad está amedrentado a causa de las amenazas que recibe de los obreros». Habría entonces en Tampa unos 25.000 españoles que apenas si acudían a la Misa. «Vi a la gente y me gustó». Desde el primer día comencé a visitar a los trabajadores en las "tascas" y ellos, que en principio me miraban con recelo, pronto se fueron haciendo amigos míos».

De esta época guardaba él gratísimos recuerdos de iniciativas originalísimas, de amistades profundas, de apostolado valiente y nada dudoso, de confianza atrevida en la Divina Providencia.

Vuelve a España en 1934 y trabaja en Baracaldo y en Vigo. Aquí funda la catequesis del Pino, la Acción Católica femenina, y organiza la campaña del Plato único, durante la guerra, para favorecer a los necesitados.

En 1938 se encuentra en Casablanca, ocupándose de los italianos y españoles en trabajos parroquiales y fungiendo de capellán de los soldados americanos.

Concluye su periplo en Madrid, en esta Casa de Atocha, como encargado de los Co-operadores, Fundador de la Librería de María Auxiliadora y Confesor; pasa, todavía, unos años en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios y viene, a servirnos de ejemplo de santo y paciente anciano, a la Casa Inspeccional, en 1970: hasta ayer.

* * *

Este elenco, largo, de Casas y actividades, podría resumirse diciendo que don Luis Conde ha muerto con setenta y cuatro años de profesión y sesenta y seis de sacerdocio. La lógica más espontánea puede acumular méritos en tantos años de fidelidad religiosa y de servicio pastoral. Se celebraron sus Bodas de Diamante en Madrid-Atocha el 19 de mayo de 1970. El programa rezaba así: «Ofrenda en la grata efemérides de los sesenta años de sacerdocio del Reverendo don Luis Conde y Conde como acción de gracias al Señor, homenaje de exaltación al sacerdocio y felicitación familiar y cariñosa al hombre

activo y emprendedor, al salesiano entregado a una misión con los Cooperadores y las Vocaciones y al sacerdote ejemplar con dedicación al confesonario y a la dirección de las almas».

Consideramos ahora los rasgos más salesianamente típicos de don Luis, para consuelo y tranquilidad, para enriquecernos con el retrato moral de este santo salesiano y animarnos en nuestro caminar hacia Dios.

HOMBRE DELICADISIMO EN LA PIEDAD

Al estilo de los Salesianos de la primera hora, él había aprendido y asimilado, hasta convertirla en instinto espiritual, la fidelidad a la vida de oración. Nos lo atestiguan sus Directores de años anteriores: «Era observante, acudiendo presuroso a los actos de Comunidad».

Cuando la vista le impidió el rezo del Breviario y la celebración variada de la Santa Misa, con las debidas autorizaciones, celebraba a diario la Misa de la Santísima Virgen, sin prisa alguna, y rezaba las tres partes del Rosario. Cuenta don Santiago que días antes de cumplir los noventa y cuatro años se nos ponía a morir durante diversas noches; acudían a él lo antes posible y abrazándosele le dijo una de ellas: «Ayer me faltó rezar un misterio del rosario entero». Todos los días a una hora del atardecer, estaba en su puesto de la capilla rezándolo. Y la visita diaria al Santísimo Sacramento, y su Confesión frecuente (cada 15 días). Todo...: era delicadísimo de conciencia. Le venía espontáneo, como una necesidad espiritual.

De ahí brotaba en él la palabra sencilla de aceptación plena de la voluntad de Dios que, con su pícara finura, solía expresar así: «Dios hace siempre lo que yo quiero», disimulando su docilidad infantil a voluntad de Dios. En todo sabía plegarse, cuando el «soplo» de la voluntad de Dios se dejaba intuir.

SACERDOTE CELOSO

Sin alardear de ello, nunca disimuló su misión sacerdotal. Mil anécdotas simpáticas de su vida en Tampa, en sus relaciones con protestantes, judíos o ateos, como con los feligreses de su parroquia, retratan al sacerdote auténtico que sabe acercarse a cada hombre para dejar en su mente la luz de la fe. Buen moralista, como escribió de él su gran amigo y cooperador don Manuel Llorente: «Don Luis, con su aspecto modestamente distraído, es un profundo sacerdote que posee unos conocimientos de Teología Moral que pueden hacer de él un gran Director espiritual para personas de toda categoría». Y, en sus años de posibilidades físicas, puntual en el confesonario y siempre dispuesto para servicio de los salesianos y de los alumnos. Un antiguo alumno recuerda que en el año 1961 murió su madre; y dice: «Durante su larga enfermedad (veinte años paralítica), ¡qué extraordinarias fueron la labor y atenciones de don Luis... Le veo todavía al lado de mi madre con solicitud y comprensión, dándole ánimos... Le recuerdo, cuando siendo portador del Santísimo, ¡qué unción y recogimiento expresaba su figura en todo el trayecto!»

TRABAJADOR INCANSABLE POR AMOR A LA CONGREGACION

Los años de nuestra postguerra, con tanta escasez de todo, y, al mismo tiempo, con aquel florecimiento de vocaciones, fruto de la sangre de los mártires, tuvieron en don Luis un hombre providencial.

El amaba a la Congregación con todas las fuerzas de su corazón; llevaba indelebles en su memoria las figuras de don Rua, de don Rinaldi, don Barberis, don Piscetta, monseñor Olivares, don Vismara, don Aime...; recordaba a tantos y tantos otros, figuras hoy, para nosotros —más jóvenes— desconocidas; pero, para él, cargadas de espíritu de Don Bosco.

Y, por esa Congregación que tanto amaba, estrujó su cerebro para crear una serie de iniciativas que hicieran posible el cultivo de las Vocaciones: la Librería de María Auxiliadora; la Lotería con el recargo vocacional, tómbolas, rifas, grandes espectáculos, corridas de toros, sesiones de circo, uso de todos los medios de difusión (radio, prensa), roperos...

Dejó escrito el ya citado don Manuel Llorente: «Don Luis, con su aspecto de bondadoso cura rural, lo mismo pone en buen orden a las viejas en una procesión, que lleva por el camino conveniente a las señoras de un ropero, o, llegado el momento, organiza una merienda benéfica con rifa y pase de modelos modisteriles».

Y don Emilio Corrales, Inspector de Madrid: «Durante mis años de Inspector de Madrid, fue un colaborador **inmenso** para todo lo que se refiriera **al bien de la Congregación y al fomento de las vocaciones**. Apenas le apuntaba el Superior algún problema en relación con estos dos ideales, sin perplejidad y con gran entusiasmo ponía manos a la obra sin titubear».

Don Modesto Bellido: «No perdonaba sacrificios para reunir los medios materiales indispensables para el sostenimiento de las Vocaciones. Su santa pasión fueron las Vocaciones. Llamaba diariamente a numerosas puertas en demanda de ayuda. A veces, en un primer momento, era acogido con frialdad, pero muy pronto ejercía tal simpatía, que se atraía a las personas. Por sus manos me llegaron numerosas Becas, y otras, las dejó preparadas. ¡Cuántas iniciativas realizó para despertar interés por las Vocaciones en tantas personas pudientes! Muchas de éstas trabajaban después con ilusión a su lado».

En verdad, su santa pasión han sido las Vocaciones.

Por esto, en los últimos veranos, gozaba entre los Novicios de Mohernando, jugando con ellos a las damas y al ajedrez y contándoles sus recuerdos de las primeras décadas de la Congregación.

RELIGIOSO AUSTERO

Don Luis vivió en actitud de desprendimiento de los bienes de la tierra.

«No ha tenido jamás apego al dinero ni a las cosas. Nunca pidió para él. A pesar de sus años era incansable, siempre tenía algo importante entre manos» (don Fernando Bello). «Fue siempre motivo de buen ejemplo; sencillo y humilde en el vestir, austero consigo mismo para mantenerse al mismo nivel de los hermanos, a pesar de que su situación y su cargo le mantenían en una constante línea de privilegios y recursos para poder disfrutar de los bienes materiales con mayor ventaja, llegó al extremo de restringir más que otros el uso de los medios de locomoción sin importarle los años» (don Alberto González).

«A veces llegaba tarde a las comidas. Se le notaba un cansancio tras subir y bajar escaleras para llegar al número del piso que le interesaba y, tiempos atrás, sin posibilidad, en tantas ocasiones, de ascensor. Cuando se sentaba a la mesa, los alimentos a veces eran escasos y fríos. Pues bien: nunca le oí una queja ni advertí gestos de disgusto. Aún más, se sentía con buen humor para alegrar la sobremesa con cualquier anécdota» (don Modesto Bellido).

HOMBRE CON SENTIDO DE APERTURA

Anticipándose al Concilio Vaticano II, él supo tener clara la distinción de lo esencial y lo accidental; y, según lo exigieran las necesidades de las almas, sabía ser flexible en lo mutable para conservar lo inmutable. Poseía un corazón bueno que le impedía discutir, conservar rencor, o ponerse en actitudes de orgullo. «Nunca he discutido», lo hemos oído tantas veces.

Los que le han tratado, en momentos difíciles, recuerdan que don Luis era «afable, cariñoso y, sobre todo, comprensivo... Supo perdonar siempre y con gran generosidad».

Este sentido de apertura y magnanimidad pienso que fue fruto de su inteligencia, naturalmente despierta y ágil; pero también en su sana curiosidad, de su afán de cultivarse con lecturas de diversas corrientes; de modo que hasta sus últimos días se podía conversar con él de muchos argumentos y se le encontraba al corriente de todo.

Antes de concluir esta relación necrológica, me parece justo expresar la gratitud de la Inspectoría, por sus infinitas atenciones y delicadezas para con don Luis, siempre, pero especialmente en esta última enfermedad, a don Higinio Arce, que lo mimó en todo cuanto requería su persona; a don Pudenciano López Mariscal, enfermero incansable, de presencia sacrificada junto a él, constantemente ofrecido a su servicio; y a don Santiago Ibáñez, su confidente y confesor, su gran amigo y consolador. Con ellos no puedo omitir, aunque sea de manera global, a todos los miembros de esta Comunidad de la Casa Inspectorial, que han sabido hacer disfrutar a don Luis de un clima de afecto y simpatía, con bromas ocurrentes y llenas de delicadeza, que han debido de contribuir tanto a hacerle feliz en los años de su ancianidad excepcional.

* * *

Queridos hermanos: Recojamos la herencia espiritual de don Luis Conde:

- hombre de profunda vida espiritual;
- sacerdote celoso;
- trabajador incansable por amor a la Congregación;
- religioso austero;
- con afán santamente renovador.

Nuestra despedida de él consista en esto: en recibir su antorcha, que ardió con ese fuego y por esos ideales. Y llevémosla encendida, como él la llevó.

Mantengamos vivo el recuerdo de estos hermanos de la «segunda generación», que tanto trabajaron en nuestra Congregación. Su recuerdo será para nosotros un estímulo para la fidelidad.

Mientras seguimos pidiendo por él, encomendémosle siga preocupándose desde el cielo, por las vocaciones que ya están en camino y por las futuras.

Madrid, 12 de septiembre de 1976

José Antonio Rico,
INSPECTOR

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Luis Conde y Conde, Sacerdote. Nació en La Portela-Allariz (Orense) el 14 de marzo de 1881. Murió en Madrid el 12 de agosto de 1976, a la edad de noventa y cinco años de edad, setenta y cuatro años de profesión y sesenta y seis de sacerdocio.